

Las metamorfosis de la racionalidad capitalista: egoísmo, sufrimiento y beneficio Miguel A. V. Ferreira. 2025. Madrid. Catarata. 284 pp.

Gonzalo Sosa Erdozain

Universidad Complutense de Madrid, España ✉ <https://dx.doi.org/10.5209/poso.104474>

Envío: 18 agosto 2025 • Aceptación: 25 septiembre 2025

Según su propio autor, la obra es un “acto de capitalización simbólica del sufrimiento que, bajo la racionalidad neoliberal, supone un acto de supervivencia”. Resulta, en principio, un tanto extraña tal afirmación: ¿cabe aceptarla?

Existe un juego en el que participamos casi sin darnos cuenta: lo llamamos “capitalismo”. Sus normas, en apariencia sencillas, presentan a cada jugador como un individuo racional, libre y autónomo, con el poder para decidir cómo usar e intercambiar sus recursos en busca de un interés privado. El objetivo es convertir un tipo particular de dinero —el “capital”— en más dinero, invirtiéndolo con la esperanza de obtener un beneficio. Para lograrlo, se necesita que los jugadores se dividan en dos clases: a) los capitalistas, que tienen dinero desde el principio, lo emplean para contratar a b) los trabajadores, que venden su fuerza laboral como mercancía a cambio de un salario pactado por “libre contrato de partes iguales”. Estos, a su vez, generan nuevas mercancías cuyo valor al final del proceso productivo supera la suma de su salario y el de los materiales empleados para producirlas. La diferencia —o el plusvalor— entre este valor de uso (lo que han producido) y aquel valor de cambio (su salario) es el excedente que los capitalistas obtienen como beneficio al apropiarse de estas mercancías (Marx, 1971, 1984). Así, los capitalistas multiplican su capital en cada turno, mientras que los trabajadores reciben solo lo justo para seguir jugando, rara vez acumulando algo. El juego se fragua, pues, en una afirmación bastante paradójica: a saber, que aquel que desea obtener un beneficio económico, empero, no es quien lo realiza; pues quien lo realiza es justo aquel que no lo obtiene. Y aun así, el juego continúa sobre una vorágine sistémica donde la igualdad formal de las reglas vela una desigualdad estructural que, de alguna forma, todos los participantes acatan.

Ahora bien, ¿por qué jugamos, una y otra vez, bajo las mismas reglas, en este mismo tablero asimétrico? ¿Por qué, si el propio diseño del juego perpetúa la desigualdad, no optamos por otros modelos posibles, otras partidas más justas donde la ganancia esté subordinada al bien común? ¿Qué fuerzas nos arrastran, generación tras generación, a repetir las mismas jugadas, a aceptar la estructura de un sistema económico que subordina la supervivencia colectiva al beneficio privado? La respuesta que Miguel A. V. Ferreira construye en *Las metamorfosis de la racionalidad capitalista: egoísmo, sufrimiento y beneficio*, implica una demolición previa del andamiaje sobre el que se funda el pensamiento económico liberal: la figura del “individuo”. La noción de un actor soberano, libre y guiado por una racionalidad de cálculo ahistórica es un punto de partida que clausura, antes que abrir, la posibilidad de comprender la reproducción de un sistema que se define por sus asimetrías estructurales. No hay, en efecto, ningún contrato de partes iguales ni mercados en los que se encuentren voluntades plenamente autónomas: estas ficciones teóricas no pueden dar cuenta de la persistencia de la dominación ni de la adhesión, resistencia o resignación de los actores sociales implicados. El capitalista, como ya advirtió Max Weber (2001), no actúa movido por un cálculo racional, sino por una “angustia vital” que busca su realización efectiva en la acumulación incesante, un fin en sí mismo que necesita la subordinación disciplinada del trabajador. Y dicho trabajador tampoco vende su trabajo por libre elección: lo hace por necesidad, “enajenado” por una estructura que le despoja de toda autonomía y le obliga a aceptar condiciones que le son impuestas desde fuera (Marx, 1985).

Desde este prisma, Ferreira recurre a la sociología de P. Bourdieu (1997, 1998) para superar las limitaciones del individualismo metodológico, y propone un modelo en el cual la acción económica pase a ser entendida como un tipo de acción social. Los agentes no son individuos aislados, sino actores situados en un campo social: un espacio estructurado de posiciones en lucha por distintos tipos de capital, tanto económico como simbólico. Este capital simbólico es ofrecido socialmente —en forma de prestigio, legitimidad o reconocimiento— y es crucial, pues permite entender que la acción humana no corresponde al cálculo explícito de intereses materiales, sino que está mediada por percepciones y valores compartidos que las dotan de sentido. Así pues, cada agente porta un habitus, un conjunto de disposiciones cognitivas que interioriza la

historia en su cuerpo y orienta sus acciones reflexivamente, en consonancia con las exigencias del campo. El *habitus*, además de conferir a cada agente esquemas de acción incorporados que orientan su conducta de manera inconsciente y reflexiva, les da un “sentido del juego” (*illusio*): una serie de certezas de que aquello que está en disputa realmente merece ser disputado, lo cual genera compromisos que exceden los límites de la acción racional. Cada acción social —y particularmente la acción económica— queda estructurada, de esta manera, por una doble dimensión, una “doble verdad”: junto al valor material, hay un valor simbólico que no depende exclusivamente del agente, sino del reconocimiento otorgado por los demás actores en el campo; ningún interés existe sin dimensión simbólica que lo legitime, y ninguna manifestación simbólica o desinteresada está exenta de intereses subyacentes. Ni el trabajador actúa solo por el salario ni el capitalista por el lucro; ambos buscan, simultáneamente, capital material y simbólico. Comprender el juego del capital exige, pues, desentrañar la dialéctica en la que lo objetivo y lo subjetivo, lo material y lo simbólico, se relacionan en la práctica social y vuelven irreductible la realidad del sistema a una sola de sus dimensiones.

Sin embargo, delimitar la estructura sociológica de la acción mediante la noción del *habitus* resulta insuficiente para aclarar qué fuerza activa y perpetúa la participación de los agentes. Ferreira sostiene que el fundamento de esta dinámica es de corte emocional, entendido como producto de factores históricos y culturales, en línea con la perspectiva de Eva Illouz (2007). Existe una correspondencia entre la posición en el campo y la emoción que la acompaña: por una parte, el *egoísmo* actuaría como pulsión expansiva de acumulación y reconocimiento que cataliza la acción inversora; y por otra, el *sufrimiento* —físico, mental y existencial— derivado de la precariedad del trabajo, funcionaría como emoción catalizadora de la acción laboral. La cuestión clave a resolver sería, entonces, de qué modo esta emoción negativa, el sufrimiento, no solo no conduce a la parálisis o a la revolución, sino que se constituye como el fundamento sobre el que se asegura la participación del trabajador en el juego. Y es justo aquí donde yace la idea más original del libro: la “capitalización simbólica del sufrimiento”. Esta operación del sistema consiste en transformar el sufrimiento en un recurso valioso dentro del campo social, articulándolo mediante elementos culturales, institucionales y discursivos para dotarlo de un sentido socialmente reconocido: sacrificio, dignidad, mérito, pertenencia. Esta operación no elimina la violencia, pero la resignifica; no resuelve la contradicción, pero la vuelve tolerable. Al convertirse en fuente de reconocimiento, el sufrimiento se integra como parte funcional de la lógica de reproducción. Así, el capitalismo no solo extrae valor del trabajo, sino también sentido del dolor. En cada etapa del capitalismo, esta capitalización simbólica del sufrimiento adopta distintas formas: en el sistema liberal, el sufrimiento se legitima como precio a pagar para alcanzar una supuesta libertad futura; en el sistema keynesiano, se dignifica a través del reconocimiento material presente y de la pertenencia colectiva; y en el sistema neoliberal, el trabajador obtiene como beneficio simbólico, cruda y llanamente, evitar enfrentarse a la nada. Ferreira nos enseña que las reglas visibles del juego capitalista se sostienen sobre un conjunto de normas mucho más perversas y poderosas: las que gobiernan la gestión social de nuestras emociones. De esta suerte, nos muestra que la dureza del tablero no reside tanto en su lógica material, como en su poder para dar una razón de ser al sufrimiento que genera.

Ahora bien, la sociología del conocimiento, al menos desde Thomas Kuhn (1981), ha insistido en que lo dado nunca se nos da de forma inmediata, sino a través del tamiz de una configuración disciplinar que decide qué cuenta como hecho, cómo se mide y a qué preguntas responde. Los hechos están hechos, son el resultado de un trabajo de estabilización, y exigir pruebas depuradas de toda retórica es una estrategia para naturalizar un aparato de visibilidad que se pretende neutro. Por ello, la densidad conceptual que Ferreira despliega no es sino el andamiaje necesario para mantener a la vista el trabajo sociotécnico que convierte una huella material en “evidencia”. Asumido este presupuesto, esta misma reseña no puede anclarse en la ficción del *testigo modesto*; debe, por el contrario, presentarse como lo que es: una instancia donde describir es intervenir. En este sentido, la tesis de Ferreira no comparece aquí como un objeto cerrado a la espera de un juicio final. Siguiendo la propia metodología reflexiva del autor, que sustituye las “ducciones” (in- y de-) por las “transducciones”, este texto debe ser entendido como una operación abierta. El acto de leerla activa un nuevo proceso. No se trata de una ducción de sus tesis; es una transducción: un movimiento a través del texto que genera una nueva individuación, una nueva entidad híbrida en la que intersecan la obra y la lectura. Hacer explícita esta coproducción ontológica nos permite eludir el “fraude” que denunciaba Woolgar (1991) y admitir que el conocimiento, en definitiva, solo puede existir como práctica constitutivamente reflexiva.

Advertir esto constituye, quizá, la lección axial de su texto: lo textualizado desborda la llana cartografía de la racionalidad capitalista para exhibirse como el resultado emergente de una operatoria recursiva en la que sujeto y objeto se pliegan el uno sobre el otro. La investigación deviene así un dispositivo donde el analista, al inscribir la lógica capitalista, se descubre simultáneamente producido por ella. Es aquí donde este ejercicio de lectura debe reconocer su propia condición de posibilidad, ya que, tal como el propio Ferreira confiesa y se señala al inicio del presente texto, su libro es “un acto de capitalización simbólica del sufrimiento que, bajo la racionalidad neoliberal, supone un acto de supervivencia”. Consecuentemente, esta reseña debe ser, por lo tanto, un producto de dicha racionalidad, un acto de inversión en la competencia del campo académico, una catalización de la angustia en pos de un rendimiento. Constituye, por tanto, una amarga confirmación performativa de su diagnóstico, ya que al intentar trazar el mapa del juego, uno no hace más que ejecutar otra jugada más. Sin embargo, es en esta cuestión donde reside una brecha, una posibilidad. Pues una maquinaria desvelada en sus engranajes se desprende de su propia aura de fatalidad. Al obligarnos a ser reflexivos sobre nuestra propia implicación, el análisis convierte el dispositivo que nos atrapa en una herramienta para pensarlo, en un arma sobre sí mismo. El acto de trazar el mapa, aun siendo una jugada más, es una que altera las condiciones de visibilidad del tablero. Quizás, como parece sugerir el autor al cerrar su obra con la interpelación de Jesús Ibáñez, la única forma de empezar a construir un juego (“ciudad”, en la

cita) distinto sea, precisamente, comprender la lógica perversa de aquel que, por el momento, nos vemos obligados a jugar.

Bibliografía

- Bourdieu, P. (1997): “¿Es posible un acto desinteresado?”, en P. Bourdieu., *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, pp. 139-158.
- Bourdieu, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- Illouz, E. (2007): “El surgimiento del homo sentimental”, en E. Illouz, *Intimididades congeladas: las emociones en el capitalismo*, Madrid, Cultura Libre, pp. 10-92.
- Kuhn, T. S. (1981): *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1971): “La producción capitalista como producción de plusvalía”, en K. Marx, *El Capital: Libro I, Capítulo VI (Resultados del proceso inmediato de producción)*, Madrid, Siglo XXI, pp. 3-101.
- Marx, K. (1984): “Proceso de trabajo y proceso de valorización”, en K. Marx, *El Capital: Libro I, sección tercera, capítulo V*, Madrid, siglo XXI, pp. 215-240.
- Marx, K. (1985): *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Madrid, Alianza.
- Woolgar, S. (1991): *Ciencia: abriendo la caja negra*, Barcelona, Anthropos.

